

CONDE DE LOS ANDES

SOCIALISMO Y CATOLICISMO

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, n.º 53, 1976.



# Socialismo y catolicismo

por el Académico de número

EXCMO. SR. CONDE DE LOS ANDES (\*)

Con innato optimismo, creen los hombres en una felicidad alcanzable con medios fáciles. En política, como en medicina, estamos dispuestos siempre a aceptar con fruición las fórmulas que se nos ofrecen salvadoras. Ahora, Democracia, Socialismo y Liberalismo. Otras veces eran bienquistos conceptos antitéticos. La propaganda las convierte en palabras talismán. Sésamo que abre las puertas doradas del Paraíso.

Sucede con la palabra socialismo algo semejante de lo que acontece con el concepto de democracia. Tienen acepciones distintas y diferentes. Algunas, aceptables y plausibles desde el punto de vista de los principios del Derecho público católico, y otras, recusables. Ambas ideas son tan viejas como el mundo. El lugar y el tiempo las han proyectado en forma muy diversa. Si la democracia absoluta no resiste un examen elemental, en cambio, la idea de una participación igual en la riqueza es un sofisma que requiere inquisiciones más profundas.

La incapacidad práctica del gobierno directo, salvo en comunidades pequeñísimas, descorre el velo de las quiebras humanas de la democracia absoluta. En cambio, es más difícil que los hombres comprendan que también es imposible una igualitaria distribución de los bienes de consumo, de la riqueza en definitiva, entre los habitantes de una comunidad, por pequeña que sea. De

---

(\*) Disertación en Junta del martes 17 de febrero de 1976.

aquí la serie de teorías utópicas socialistas que registra la historia del socialismo doctrinal. Desde la República, de Platón, pasando por la Utopía, de Moro, hasta los Falansterios, de Fourier, y la más reciente Utopía Moderna, de Wells; por no mencionar más que algunas.

De una manera perfecta solamente ha funcionado el principio de «a cada uno, según sus necesidades» en los monasterios religiosos. Pero generalmente también aquí existe una quiebra económica, porque pocas veces el propio trabajo conventual es insuficiente para alimentar la economía monástica, que no sería viable sin los recursos foráneos de la caridad.

Las modernas comunidades hippies, son una caricatura de la vida religiosa en comunidad, posible gracias al sacrificio y al trabajo de los monjes o monjas por amor a Dios. Entre los hippies no es frecuente el trabajo, y la riqueza proviene muchas veces del robo, o de la ayuda de los parientes capitalistas de los mozalbetes contestatarios.

Cuando hoy día se habla de socialismo, se refiere uno a dos conceptos distintos o quizás tres. Antes del marxismo, también se entendía por socialismo, como hoy, a la defensa de los intereses económicos de los trabajadores y de los hombres cuya vida se desenvuelve en condiciones paupérrimas. Ellos han venido a encarnar la meta de la justicia social por una tergiversación del concepto. Porque la sociedad está compuesta por todos: ricos, pobres, propietarios y obreros, menestrales e intelectuales, gobernantes y gobernados. Pero la indudable mayor necesidad de auxilio de los preteridos socialmente ha determinado adjetivar la justicia, que en rigor no necesita calificaciones. Por su propia naturaleza, es una, aunque tenga proyecciones distintas.

En suma, las otras dos acepciones socialistas que hoy prevalecen son las de erigir un estado social, con una configuración, en la cual la propiedad privada no exista, o esté limitadísima y los medios de producción los acapare el Estado. El socialismo de estado es el marxista y debe su nacimiento intelectual al manifiesto de 1848, y su entronización, al triunfo de la revolución rusa de Lenin.

El socialismo no marxista, iniciado con el revisionismo de Bernstein, llega en nuestros días a concretarse en un socialismo democrático, en el que se permite el ejercicio de algunas libertades. Según otras acepciones, las marxistas, la meta es, en definitiva,

el socialismo de estado y la dictadura de una oligarquía comunista. Pero la esencial distinción estriba en que el socialismo es evolucionista, escoge para recorrer el camino las vías legales de la democracia, y descarta la revolución como sistema para llegar al poder.

La primera acepción de la palabra socialista, o sea procurar el mayor bienestar de los obreros y trabajadores, naturalmente, lejos de estar reñida con el Catolicismo, éste la defiende y la ha defendido siempre. Una distribución de la riqueza más equitativa también la ha proyectado en todo momento el pensamiento católico. Porque en los deberes de los ricos de hacer partícipes de parte de sus bienes a los necesitados, estaba implícita el hacer menos profunda la distancia económica y en rebajar su desigualdad. Claro está que no todos los católicos cumplen con su deber, aunque sí son bastantes los que derraman la caridad o ejercen un mecenazgo.

Digamos de paso, que la progresiva, asfixiante e injusta imposición tributaria del estado moderno y la inflación monetaria impiden muchas veces que los propietarios puedan llevar a cabo sus indeclinables deberes. Muchos son los que para poder sobrevivir y desenvolverse tienen que recortar su patrimonio año tras año.

Desde que la influencia socialista va en aumento, la confianza en el ahorro y en la inversión a largo plazo decrece. Este fenómeno financiero nada tiene que ver con las consecuencias que pueda tener una política social generosa y humana, que instituyese en la producción, en el comercio, en la industria y en la agricultura de los obreros, artesanos y empleados agrupados y organizados el mayor bienestar posible. La política social es una cosa y el socialismo fiscal es otra.

Una política social de largo alcance colabora con el progreso. Pero las tendencias indiscriminadas del impuesto progresivo conducen al estatismo. Poco a poco esa meta del socialismo de estado, destructora de la propiedad privada, del ahorro y del estímulo, se va alcanzando en el estado moderno. Ese estado Leviatán, en el que no prosperan más que los financieros y algunos políticos, porque la sinarquía finanza-poder va adquiriendo carta de naturaleza en todas partes.

Es curioso constatar que también existe una sinarquía socialismo-finanzas. Los periódicos y revistas socialistas están muchas veces subvencionadas y financiadas por el capitalismo.

No dudo que la Banca y las grandes empresas capitalistas, nacidas a impulso de la sociedad anónima, han contribuido a incrementar la riqueza, pero en ellas la propiedad está deshumanizada. Es evidente que necesitan reformarse.

Es significativo que la mayor parte de los ataques a la propiedad privada sean para la propiedad agrícola, en la que el sentido cristiano social prevalece. En una finca, el propietario, el capataz y el obrero están unidos por la zozobra de la metereorología, por el incentivo de las cosechas, que a todos alcanza. La relación entre unos y otros es constante. Existe una solidaridad humana que no aparece en el capitalismo financiero. Como dice Ripert, en el capitalismo, la propiedad es una propiedad-goce sin actuación personal ni responsabilidad. Cuanto más se limita la otra, más aparece preferible ésta a los que la disfrutan.

El estado Leviatán, con sus empresas estatales, en el que, con la deshumanización de la riqueza, se fomenta la burocracia con puestos remunerados para los políticos, va allanando cada vez más el camino del socialismo.

Ciertamente hay servicios públicos que fatalmente no pueden estar en manos privadas. Pero este un mal necesario, porque siempre la administración pública es más cara y peor. Pero en vez de procurar que las empresas estatales sean menos, se hace todo lo contrario.

Volvamos a la agricultura. En el estado moderno de inspiración socialista es siempre la cenicienta. ¡Cuántas importaciones se llevan a cabo para favorecer tal o cual industria, bajo el manto protector de algunos políticos! Se desarrolla excesivamente la industria en naciones eminentemente agrícolas, antes de que la agricultura haya alcanzado su máximo desarrollo.

Con el socialismo prevalece una política de inspiración materialista, esencialmente económica. Sin la Revolución francesa, el socialismo y el comunismo no hubiesen tenido impulso eficaz para su desarrollo, ni pretexto tan amplio para desenvolverse. Como la Revolución destruyó los gremios, los obreros quedaron inermes e indefensos.

La revolución industrial creó la industria moderna, pero a costa de dejarnos el dantesco espectáculo de los niños trabajando horas y horas desfallecidos. Estampas de Dickens, tan ciertas como las de los esclavos egipcios construyendo las pirámides. El estado miserable de los obreros industriales se debió al igualita-

rismo revolucionario. El trabajo se organiza en servicio de la igualdad, del individuo, y del número. Se contradicen las leyes de la naturaleza, que descansan en la diversidad de necesidades, de capacidades y de órganos de trabajo. La ley le Chapelier acabó con la ley natural y la suplantó una sindicación atómica y geométrica de los obreros.

Pero esto viene más tarde, cuando surgen los movimientos de reivindicación obrera. Movimientos sindicales que desdeñan la naturaleza del trabajo. Sindicatos políticos insensibles al verdadero interés de los obreros. El episcopado portugués, en reciente declaración ha recordado estas verdades históricas. Vale la pena mencionarlas.

Después de denunciar la falsedad de que fuese la Revolución francesa la que estableció los derechos de la persona humana, que el Cristianismo tenía proclamados siglos antes, condena sus esencias ateas y desintegradoras de la familia y de la sociedad.

Con relación al marxismo, dicen textualmente los obispos portugueses, en su casi silenciada declaración de hace poco más de un año: «La Iglesia», desde León XIII, en la «Rerum Novarum», hasta Pablo VI, en la «Octogesima Adveniens», ha denunciado la construcción ideológica de la democracia, que nace con la revolución francesa y se convierte después en la democracia marxista. «Esta, al igual que ocurre con el capitalismo, da la primacía a lo económico. Considera que la fuente de todas las alteraciones del hombre subsistirá mientras no se realice la completa socialización de los métodos de producción. Para conseguirlo, la perspectiva más ortodoxa, contempla la conquista revolucionaria del poder, la instauración de la dictadura del proletariado y la consecuente extinción de todas las clases.»

El partido, fuente directiva del poder, se estructura en pirámide, a partir de células de base. Sus niveles superiores se forman con elementos de nivel inmediatamente inferior, en un proceso de segregación de los que mejor consiguen captar el pensamiento de su eslabón.

»Este criterio de selección rigurosamente seguida, explica cómo en la forma más lógica del sistema, cuanto más alto se está en la jerarquía del partido, más auténtico intérprete se es considerado del pensamiento de las masas y mejor se presume de saber conducirlos.

»A éstas compete obedecer confiadamente. El partido es, evi-

dentemente, único, y tiene toda la autoridad que versa sobre la forma del gobierno dictatorial, de acuerdo con la exigencia de la eficacia revolucionaria propia de la ideología marxista.

»Según la Iglesia, no sólo esta ideología es condenable, dados sus supuestos materialistas y ateos, sino que todavía hay una incompatibilidad profunda entre el concepto marxista de democracia y el concepto cristiano.»

Las posturas del cristiano ante el marxismo queda expuesta así por la declaración episcopal portuguesa:

«El juicio sobre la ideología marxista es mucho más riguroso. Su materialismo ateo, su dialéctica de la violencia, la manera con que absorbe y neutraliza la libertad individual en la colectividad, negando simultáneamente toda y cualquier trascendencia al hombre y a su historia personal y colectiva, son posturas que se oponen radicalmente a la fe del cristiano y a su concepción del hombre («Octogesima adveniens», 26).

»Infelizmente, ni por esta razón, el marxismo, en sus diversas acepciones, deja de atraer a ciertos cristianos, menos atentos a la lógica interna de esta ideología y a la fidelidad que el sistema guarda para con ella. Estos se preguntan si no serán aceptables ciertos aspectos específicos de los que el marxismo reviste en sus actuales planteamientos concretos.»

No podemos por menos de dejar de contestar con el Papa que «sería ilusorio e incluso peligroso llegar a olvidar la relación íntima que los une radicalmente, y aceptar los elementos de análisis del marxismo, sin conocer sus relaciones con la ideología e incluso entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista, olvidando atender el tipo de sociedad totalitaria y violenta al que conduce este proceso.» («Octogesima Adveniens», 34).

He traído aquí esta importante declaración, la más reciente emanada de la Autoridad de la Iglesia, porque hoy día son muchos los cristianos que optan por el socialismo y en número considerable se declaran expresamente marxistas.

Lo más grave es la apelación al Evangelio que hacen muchos católicos para fundamentar su elección socialista.

Recordemos los textos pontificios.

En 1849, Pío XI, en la Encíclica «Nobis et Nobiscum», se refiere conjuntamente al socialismo y al comunismo, que califica de depravadamente perversos. Es una réplica contundente e inmediata al Manifiesto comunista de 1848.



En 1864, la Encíclica «Quanta Cura», del mismo Papa, hace responsable al marxismo del intento de destruir la sociedad y la familia.

En el «Syllabus» los condena indiscriminadamente. En realidad, los socialistas se habían separado de los comunistas en 1848. Estos elegían la vía evolutiva y parlamentaria mientras que los comunistas proclamaban la revolución violenta.

Sin embargo, la ideología era unánime atea y hostil a la Iglesia.

León XIII condena y refuta en la Encíclica «Quod Apostolici numeris» (1878): «Esos hombres sectarios que, con diversos y casi bárbaros nombres, se denominan socialistas, comunistas o nihilistas. Niegan la obediencia a los supremos poderes, predicán la igualdad absoluta de todos los hombres, destruyen el vínculo del matrimonio y atacan el derecho de propiedad».

La doctrina católica, proclama el Papa, es el único antídoto adecuado y el perfecto remedio.

Pero años más tarde, en 1891, el Papa León XIII afronta, en su conjunto, la cuestión social. Aquí está bien decir social, porque abarca los problemas del capital, del trabajo y del obrero conjuntamente.

La famosa «Rerum Novarum» es una respuesta a los problemas de la revolución industrial, que, por haberse llevado a cabo después de la Revolución Francesa, surmergió a los obreros manuales en una situación calamitosa que jamás habían padecido: aquí León XIII, como nadie ignora, defiende el derecho natural a la propiedad privada, que afirma la independencia familiar, la continúa y es, a la vez, estímulo al trabajo y fuente de la riqueza y del bienestar propio y social.

Al mismo tiempo, condena, por ser contrario a la naturaleza, el igualitarismo absoluto y reprueba la lucha de clases, como disolvente de la sociedad.

Pero en la «Rerum Novarum» el principal propósito de mejorar las condiciones de los obreros, cuyo trabajo era considerado como una mercancía, no implica, naturalmente, la defensa del super capitalismo deshumanizado, y apunta León XIII la necesidad de su reforma sin por ello, naturalmente, pretender subvertir la estructura social cristiana.

Pío XI, en la «Quadragesimo Anno», en 1931, consigue una clarificación definitiva sobre el socialismo, aunque, naturalmente, subraya la función social de la propiedad.

Siempre hay que tener en cuenta las circunstancias en que se producen las declaraciones pontificias. Por eso, en la «Cuadragesimo Anno» se inclina la Iglesia a la fórmula corporativista de re-integración social, que se ensaya entonces en Italia. Al mismo tiempo, condena el estatismo fascista, y, todavía más, el nazista y el comunista y reafirma la doctrina católica del principio de subsidiaridad, según el cual el estado debe respetar en lo posible la gestión autónoma de los cuerpos intermedios y las sociedades menores que viven dentro del estado. Esos principios habían sido defendido en Francia por La Tour du Pin, y son la base de la doctrina social tradicionalista de España.

Es interesante recoger la originalidad de que, por vez primera, un Papa advierte que el socialismo se escinde en dos bloques: radical el primero, ateo y disolvente social, pero moderado, el segundo, que se aproxima a las reivindicaciones sociales cristianas. Pero Pío XI sigue manteniendo la doctrina de la Iglesia, en la que su concepción de la sociedad es opuesta a la verdad cristiana. De aquí se siguen dos desviaciones fundamentales. Primero, la primacía absoluta de la economía, en la organización social. Después, la subordinación de los restantes bienes humanos y la libertad, muy principalmente a esa organización socio-económica condenable.

Por lo tanto, dice Pío XI: «Tales expresiones parecen intrínsecamente contradictorias, ya que nadie puede ser a la vez buen católico y verdadero socialista».

Con estas palabras, pide el Papa a muchos católicos que, por los años treinta, se habían hecho socialistas, que vuelvan al seno de la Iglesia para defender la justicia.

Al final de sus días, en la Encíclica «Divini Redemptoris», proclama que el «comunismo es intrínsecamente perverso» (1937).

Pío XII, en sus Decretos sobre el comunismo, condena en bloque al socialismo.

Esta reiterada tesis de la Iglesia condenaba el socialismo por su original y no desmentida base inequívocamente marxista.

Es importante señalar que el laborismo inglés, en el año 1937, fue exceptuado de esta condenación por el Cardenal Bourne, arzobispo de Westminster, porque los católicos que militaban en el Laborismo, y en el laborismo inglés, no condenaban la propiedad privada. Importa subrayar que en el laborismo inglés la corriente marxista era imperceptible, y predominaba el carácter pragmático anglo-sajón con un fuerte sentido espiritual cristiano humanista

liberal, cuya impronta se refleja en todos los pensamientos políticos de Inglaterra.

Harold Wilson clausuró un Congreso del Partido con una plégaria, que rezó así: «¡Oh, Dios!, haz viable que nuestro país sea lo mejor posible. Un país donde reine la justicia y nadie ofenda a su prójimo. Donde prevalezca la abundancia y no exista ni la miseria ni el mal. Un país donde el orden tenga su fundamento en el amor y no en la fuerza...».

Tenía razón Morgan Philips, que fue secretario general del Labour Party, cuando decía que su partido estaba inspirado más por el metodismo que por el marxismo.

Me viene el recuerdo de una carta que recibió mi padre de Don Antonio Maura, acompañada de un libro del socialista inglés Philip Snowden, que le había prestado.

Entre los muy sabrosos comentarios mauristas al libro del socialismo inglés, decía Don Antonio: «¿No habría manera de importar algunos de esos insignes socialistas ingleses a España, y, si fuera posible, añadía humorísticamente, cruzarlos con los nuestros?»

Philip Snowden, años después, fue Ministro de Hacienda, y pasó a la Cámara de los Lores cuando la fue conferido el título de Lord Snowden.

Pero volvamos al magisterio de la Iglesia. Con Juan XXIII se encuentra pretexto para interpretar un viraje de complacencia con el socialismo, por parte del Papado.

En rigor, lo único que se deduce claramente, tanto de la Encíclica «Mater et Magistra» (1961), como de la «Pacem in Terris» (1963), es que se invita a los católicos a un diálogo y a una comprensión con los representantes más ponderados del socialismo, pero nunca con los que siguen aferrados al marxismo. Recalca bien el Papa, que jamás han de aceptarse compromisos que puedan dañar la integridad de la religión o de la moral.

Se ha dicho que Juan XXIII aceptaba la tesis de la socialización, movimiento que, en todo caso, no se identifica con el socialismo, aunque favorezca su proceso. Lo que Juan XXIII propugnaba era el cooperativismo. Una traducción errónea o tergiversada lo sustituyó por socialización.

Pablo VI ha acentuado el deseo del diálogo de la Iglesia con el mundo actual.

Pero también se han tergiversado el sentido de las audiencias

pontificias en las que el Santo Padre ha recibido a Primados del mundo comunista.

Sin duda, esto ha obedecido a la necesidad de una política circunstancial capaz de aflojar algo el áspero dogal que sojuzga a los cristianos que viven en los países al otro lado del telón de acero.

El sacrificio del Cardenal Mindszenty, tan doloroso, ha reportado beneficios a las posibilidades del culto católico en Hungría. Tengo testimonios personales de ello.

Este deseo de diálogo, se manifiesta en la Encíclica «Ecclesiam suam», de 1964, aunque en manera alguna, como es lógico, aparezca el deseo de un sincretismo del dogma católico con el materialismo ateo, que es, sin duda, la característica más señalada del mundo actual.

En la «Populorum Progressio» (1967) acentúa Pablo VI las limitaciones del derecho de la propiedad privada y su subordinación a la justicia y a la caridad.

Reconoce el Papa que algunos de los movimientos socialistas actuales ejercen atractivo para muchos cristianos, precisamente en cuanto coinciden con las aspiraciones sociales de la fe cristiana.

Lo cierto es que, por vez primera, el Papado admite la opción socialista como viable para los cristianos, aunque, por supuesto, refiriéndose a movimientos o partidos socialistas que renieguen del credo marxista y que tengan un marcado cariz reformista.

Por supuesto, la Encíclica proclama que la caridad cristiana, con su proyección trascendente, no puede identificarse con el espíritu de mera solidaridad humana que inspira al socialismo.

Las graves consecuencias de esta actitud pontificia, llena de aliento amoroso, han sido desviaciones claramente marxistas de muchos obispos y clérigos.

Quiero dejar constancia, como exponente desviado, del mensaje de los 18 obispos del Tercer Mundo y el de algunos prelados de hispanoamérica.

Es evidente que el capitalismo liberal desenfrenado y el marxismo son dos aspectos del mismo error, el derecho y el revés del liberalismo económico.

La revolución francesa, con sus principios devastadores, hizo saltar por el aire la constitución social cristiana.

Sus principios disolventes trajeron el capitalismo y el socialismo.

El decreto Le Chapelier es el signo histórico que determina la disolución social defensora de los obreros.

La revolución industrial, sin control social ni religioso, engendra el capitalismo servido por el ordenamiento jurídico de la sociedad anónima.

En ésta, la propiedad de los medios de producción tiene administradores y beneficiarios distintos. En el marxismo o capitalismo de estado sucede igual. La propiedad se deshumaniza en el capitalismo. Por eso advertimos que en muchos sitios los grandes financieros se entienden bien con los jefes socialistas. Con frecuencia, los órganos de prensa de inspiración socialista se nutren en las arcas de algunos burgueses, a veces por una torpe y mal concebida acción aseguradora. Es indispensable que el poder público y el económico sean distintos. Su coincidencia y confusión es perturbadora del orden social. Error en el que incide el socialismo.

Discurrir sobre este tema, que se deriva del primero, nos llevaría demasiado lejos.

Lo que sí quisiera dejar sentado es la necesidad de reformar el capitalismo financiero.

Como también es indispensable establecer vigilancias eficaces que terminen con la sinarquía-finanza, poder que es uno de los males corruptores de la política del estado moderno. Más graves y extensos con los regímenes autoritarios.

Es necesario fomentar las posibilidades agrícolas subordinadas a una industrialización desorbitada.

Esta diferencia de ritmo entre una y otra rama de la economía, siendo la base de todas las economías la agricultura, es un factor trascendental que favorece el socialismo.

Este industrialismo desorbitado se enfrenta con la civilización, como agudamente comenta en reciente libro Martínez de Bedoya.

Resumiendo. El socialismo tiene un aspecto grato y plausible, cuando se manifiesta como un esfuerzo para mejorar la suerte de los trabajadores y defiende el salario justo frente al concepto del salario coste.

Pero a este socialismo le vendría mejor denominarse laborismo.

Porque el socialismo, en definitiva, pretende, y no lo oculta, ser una praxis, es decir, una teoría convertida en acción, que quiere transformar el mundo. Ideología basada en el materialismo histórico, bajo la dirección de un partido único, como expresión totalitaria del bien general.

La trayectoria política del socialismo español ha sido siempre revolucionaria. Las solitarias excepciones de Fernando de los Ríos, en sus últimos años en Prieto, y, sobre todo, la de la respetable figura de Besteiro, constituyen el mejor mentís al enmascaramiento actual.

Besteiro denuncia el proceso bolchevizador del socialismo español y añade: «Debemos fijarnos en el socialismo inglés».

Muchos de los nuevos nombres que pululan por el socialismo español deberían dar pruebas, muy auténticas y reiteradas, de que profesan un socialismo laborista; respetuoso con las libertades naturales.

La autoridad moral y la conducta son indispensables para recabar la credibilidad política. Obras son amores, y no buenas razones.

Las actuales metamorfosis del marxismo renunciando a la dictadura del proletariado y convocando a una unión de izquierdas para, por vía democrática, alcanzar el poder, como ha proclamado George Marchais en el último Congreso nacional del partido comunista francés, no es sino una maniobra sinuosa para llegar al mismo fin.

La misma táctica propugna Santiago Carrillo en su libro «España mañana».

Sinceramente creo que sería muy deseable lanzar al ruedo político la palabra laborismo, que llevaría tras sí a muchos, que se sienten socialistas exclusivamente por sus desvelos para remediar las injusticias distributivas del sistema económico del mundo occidental.

El laborismo no es una praxis materialista. Defenderlo sería compatible con el necesario resurgir de los valores espirituales sobre los cuales está fundada nuestra civilización: la fe en Dios, la ley natural y la enseñanza de Cristo.

Dada la proclividad hispana a la imitación foránea, el ejemplo de laborismo inglés al que antes aludí, sería coadyuvante al propósito.

Ocurre con el socialismo, como sucede con el concepto de democracia, o con el del liberalismo. Son víctimas, como las monedas, de la ley de Gresham. La acepción mala prevalece sobre la buena.

Pero el socialismo, como concepto y tesis más generalizada, sigue conteniendo para el catolicismo todo el «corpus» de falacias

que, desde Gregorio XVI, han sido desenmascarados por la Santa Sede.

Dos Papas de signo político distinto dicen lo mismo.

San Pío X, en la carta sobre Le Sillon, «Notre charge apostolique», y Juan XXIII, en la Encíclica «Mater et Magistra».

Aquél dice: «No se edificará la ciudad de modo distinto a como Dios la ha edificado... no, la civilización no está por inventar, ni la nueva ciudad por contruir en las nubes. Ha existido, existe: es la civilización cristiana, es la ciudad católica».

Este, Juan XXIII, confirma: «La experiencia cotidiana, en medio de los desengaños más amargos..., sigue atestiguando... si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los que la edifican».

Concluyo. La proclividad humana a lo novedoso. El escepticismo del mundo actual, la influencia de la propaganda izquierdista oficial y oficiosa, determinan que algunos, bastantes, crean que es ineluctable el advenimiento del socialismo.

No pienso de igual modo. Pero, en último término, hago más las palabras de Donoso Cortés, que ya una vez cité en nuestro salón de reuniones:

«Y no se me diga que si el vencimiento es seguro, la lucha es excusada; porque, en primer lugar, la lucha es un deber, y no una especulación para los que nos preciamos de católicos. Demos gracias a Dios de habernos otorgado el combate, y no pidamos sólo la gracia del combate, y la gracia del triunfo, a Aquel que en su bondad infinita, reserva a los que combaten bien por su causa una recompensa mayor que la victoria.»